

LA TRISTE FARANDULA

MADRID se ha quedado casi sin teatro y sin subteatro, es decir, sin la ultraprocacidad animada en los cafés-teatro y otras subespecies del género. La huelga dictada por los centros del terrorismo intelectual marxista ha sido seguida con indudable asiduidad. Nunca como en esta ocasión se ha puesto más en evidencia la exactitud del diagnóstico de ese libro excelente titulado «Los intelectuales de *chaise longue*». El suburbio seudointelectual ha lanzado un gemido colectivo sufriendo de clase y ha decidido declarar la huelga de gesto caído, que *Interviú* denominaría *jornadas de orgasmo ideológico*. Aunque el teatro, como la política, haya quedado reducido a grosera y zafia exhibición pronográfica, salvo contadas excepciones muy estimables, es lo cierto que estamos sin teatro, aunque pueda ser para bien. Pero no importa mucho. La falta ha sido salvada merced a la democracia. No hemos tenido teatro convencional, pero ha habido sesión plenaria de la Cámara de Diputados.

El actual pleno ha vuelto a darle la razón a Esperabé de Arteaga. La calidad es deleznable y la farsa demasiado evidente. Se produce con exactitud de relojería lo que desde hace años advertíamos algunos desde la experiencia extranjera: el Parlamento es un coro de títeres que interpreta con ajuste mecánico el papel encomendado por los oligarcas de la partitocracia.

No hay nada más triste ni más humillante para un demócrata de buena cepa que un parlamentarismo como en el inventado para el período constituyente premarxista. Durante casi diez horas, los forzados del voto han asistido adormilados a las pobres peroratas de sus portavoces. Es justo que esos señores sean llamados precisamente *portavoces* en el actual estadio de la descomposición democrática. Es acertado decir de cada uno de ellos que es el encargado de portar, de trasladar, de llevar una voz que no es la suya. Se podría suponer que el *portavoz* es la voz del partido. Pero la contemplación del hemiciclo, incluido el banco azul, demuestra a través de una teoría desternillante de rostros y miradas que muy pocos de los sujetos allí sentados pueden ser portadores de verbo inteligible. Ellos saben que fueron creados parlamenarios para mirar en cada caso al jefe de fila y aplaudir cuando éste lo ordena, patear cuando lo considera oportuno y votar sí o no, según se mande. Pese a parecer la cosa tan sencilla, la pequeña historia de esta nueva experiencia parlamentaria española acusa no pocas torpezas infantiles de las pintorescas *sus señorías*.

De los forzados del voto es fácil saber por qué votan sí o no, ríen, soplan, se encrespan, aplauden o dormitan, que es lo normal. Más difícil es acertar sobre las profundas razones de comportamiento de los oligarcas de la partitocracia. He leído varias veces, por ejemplo, las intervenciones del socialista multinacional señor Fernández Ordóñez en la inacabable sesión plenaria, que en su primer tramo debía debatir los Presupuestos del Estado. Me he quedado sin saber a dónde quiere llevarnos el ministro de Hacienda. Bien es cierto que el mayor mérito del señor Fernández Ordóñez consiste en que nadie sepa de dónde viene ni hacia dónde va. El señor Fernández Ordóñez es uno de esos calvos que tienen dos caras, según se le mire boca arriba o boca abajo, igual que aquel viejísimo anuncio de un acreditado betún para los zapatos. Su justificación de unos Presupuestos Generales del Estado para 1978 absolutamente irreales ha resultado tosca y vulgar. ¿Pero acaso podía aguardarse otra cosa? Tampoco lo merecía la audiencia ni la ocasión. El ministro de Hacienda subió al podio de la democracia partitotiránica convencido de que allí sobraba todo y que la aprobación estaba garantizada. Y así ha sido. Las Cortes *verticalistas*, que dirán los conversos, fueron un prodigio de eficacia legislativa autónoma, al lado de la pedestre pasividad aprobatoria de este Parlamento, que sólo parece desperezarse cuando le echan la más mísera carroña demagógica. En el actual Parlamento interesan mucho menos los problemas vitales de la Nación y del Pueblo, que las ocasiones para arremeter torvamente contra las más serias y sufridas instituciones que aún restan en pie al maltrecho Estado español.

La AISS, como era previsible, se ha convertido en el gran tema del supuesto debate parlamentario. Ya es significativo que ante unos Presupuestos llenos de despropósitos, de excesos e insuficiencias de gran porte y de anacronismo, los forzados del voto vayan a encandilarse, precisamente, con los dineros indispensables para la supervivencia de unos miles de honrados funcionarios a quienes la estupidez, la ceguera y la cobardía de ciertos políticos han dejado sin función, pese a que ésta era muy necesaria a millones de trabajadores que se resisten a la inscripción obligatoria en unos sindicatos sometidos a servidumbre política, los cuales les dejan en la estacada cada vez que conviene a los partidos padrinos. Pero acaso fuera necesario que sucediera así, a fin de dar al Partido Comunista la ocasión de mentir de nuevo un rostro complaciente y benefactor, a través del cual se presenta como defensor de unos funcionarios cuya indefensión provocó previamente. La liquidación del aparato sindical y el aniquilamiento de su estructura humana fue una de las condiciones que, según se dice, Carrillo impuso al señor Suárez desde un principio. Uno de los puntos en que tampoco opondría resistencia el presidente del Gobierno durante las cuatro entrevistas que al parecer celebró con Carrillo en el Pozo del Tío Raimundo, antes de que éste se quitara la peluca, fue precisamente la *de echar a la basura el sindicalismo fascista con todos sus hombres*. Pese a que les dejaron libre el campo, les rompieron desde el poder toda posible competencia y, además, les dieron millones a esgalla desde el sindicalismo verticalista; ni Comisiones Obreras ni UGT han logrado progresar seriamente en la confianza de los trabajadores. Es razonable, entonces, que el Gobierno dé ocasión al PCE para que intente atraerse a los hombres de la AISS, en los que confía en última instancia, para avanzar allí donde las estructuras profesionales del Partido se estrellan. En las Cortes se ha jugado con la AISS a lo mismo que, en otro terreno electoralista, han intentado la Coordinadora comunista del Campo y el Ministerio de Agricultura.

En vísperas de la Nochebuena asistieron a otro denigrante espectáculo como el montado en ocasión del caso Blanco. De nuevo las Fuerzas de Orden Público serán puestas en el banquillo por las autodenominadas *fuerzas democráticas*, a costa del cumplimiento del deber al servicio de la Patria en Málaga y Tenerife. Mientras tanto, los asesinos siguen sueltos. El envilecimiento se adueña cada vez más profundamente del sistema, que yo llamaría «el régimen de los hijos del Régimen».

Ismael MEDIANA